Fernández-Guerra y Orbe, Aureliano

[Francisco de la Torre]

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Madrid,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
Calle de la Madera, núm. 8.
1857.

Al festivo escritor y dulce amigo mio
D. José Gonzalez de Tejada!

Aureliano

DISCURSO

DE

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.



Señores:

Preséntome hoy confuso ante la Real Academia Española, habiendo aspirado ayer audaz á los grandes honores. Pero bien podria yo decir, con el antiguo poeta, que

El mismo espíritu ardiente
Que me impulsó á la batalla,
Me redujo á no acaballa;
Cobarde fuí, de valiente.

Acobárdame reconocer en esta solemne hora la escasez de propios merecimientos y el exceso de vuestra benignidad. Y me llena de tristeza el alma venir á ocupar entre vosotros un puesto vacío por la muerte, para el cual sin duda me disteis vuestros sufragios, imaginando en mí, con error generoso, las dotes y prendas que atesoró mi malogrado padre, de quien fuisteis alguno maestro, y no pocos discretos apreciadores de su dominio en la lengua castellana. Perdonad á la gratitud de un hijo este recuerdo, y que pierda por él la ocasion de prorumpir, siguiendo loables prácticas, en elogios de mi antecesor el digno académico D. Jerónimo de la Escosura, amigo y compañero de los Melendez, Gallegos y Listas, militar y empleado celoso, docto en idiomas, recomendable escritor y fino amante de nuestra inmortal española Talía. Pero si dejo á

fortunados críticos la dulce tarea de apreciar con tino los frutos de la edad presente, y ceñir á nuestros ingenios coronas merecidas, no extrañeis verme volver hácia otra edad los ojos, pagando una deuda que contraje al pretender el favor de la Academia, sin más títulos que mi constancia en restituir á su pureza primitiva las obras de D. Francisco de Quevedo.

Él jamás quiso apropiarse ajenas galas; él se mostró censor inflexible de los escritores mendigos, que, hipócritas de estudios, piden á la envidia y al trabajo de otros espíritus vigorosos lo que la naturaleza y el arte negaron al suyo. ¿Cómo, á vivir hoy, dejaria de alzar su potente voz contra la que, de cien años á esta parte, proclama hijos de su prodigiosa inventiva y de su entendimiento clarísimo los poemas de un ignorado vate del siglo XVI, despojando á su dueño de gloriosos laureles para darlos á quien no los necesita? Séame lícito, Señores, interpretar los deseos del moralista español; logre acercarme yo á este santuario del bien decir, no desamparado y solo, sino en compañía de uno de los más excelentes dechados y maestros; y como no pueda traer conmigo cosa más digna, permitidme que os presente á aquel por quien

Humíllense las cumbres del Parnaso
Al divino Francisco de la Torre,
Celebrado del mismo Garcilaso,
A cuyo lado dignamente corre;

segun con más gala que exactitud histórica allá cantó el Fénix de los ingenios.

Francisco de la Torre va á ser, pues, objeto de mi discurso. Y como todavía confundan su estilo con el del señor de la Torre de Juan Abad célebres literatos, y como aun sostengan que este y aquel poeta no fueron sugetos distintos, sino una misma persona; y todavía no quieran reconocer en la diccion de entrambos diversa índole, y caractéres que prego-

nan dos siglos muy diferentes, corte, Señores, vuestro inapelable fallo la contienda, y en mi pequeñez quépame la gloria de estimularos á ello. No se trata de una mera investigacion crítico-histórica solamente, ajena al parecer de este sitio: enlázase á exquisitas cuestiones de lenguaje; el cual tiene tambien su historia, y es de vosotros fijarla. Pero ¿á qué me canso en justificar el tema que he elegido? ¿A qué auditorio dejaron de interesar pormenores secretos y curiosos de la vida íntima de un escritor insigne, y cuanto nos hace conocer al hombre, burlado siempre y quejoso de la fortuna?

Algunos entendimientos ligeros y aficionados á lo paradójico y peregrino, afirman no haberse compuesto las obras que se llaman de Francisco de la Torre casual y sucesivamente, segun los erráticos movimientos del corazon del poeta, sino con un deliberado propósito literario; á fe mia harto pueril y extravagante. Es, segun ellos, este ramillete de lozanas flores una travesura más del ingenioso autor de *El alguacil alguacilado*. Herida de muerte la hermosa habla castellana por la salvaje presuncion de los sectarios de Góngora, Quevedo quiso atajar el mal, dándoles en rostro con poesías nunca publicadas, antiguas y modernas, que fuesen modelos de claridad, elegancia y cultura. Encuentra, de los modernos, las de Fr. Luis de Leon; mas desgraciadamente ningunas del siglo XV capaces de competir con las de Garcilaso, y por ello se ve en el duro trance de fingirlas; bien que tomando muy sutiles precauciones para que en ningun tiempo se descubriese tamaña superchería. Pero ¿cómo al fin, Señores Académicos, se hizo manifiesta? ¿Cómo en una hora fué evidente lo que en más de ciento veinte años ni siquiera habia sospechado nadie? No hallando en tales rasgos líricos, ni en escritores coetáneos, datos de la vida del autor, de su patria, de su profesion, amigos, y tiempo en que pudo florecer.

He aquí, junto con la absurda suposicion de ser unos mismos el gusto, inventiva y carácter de La Torre y Quevedo, la única prueba que ofrecen los mantenedores de tan inverosímil conjetura. Yo, sin embargo, descubro en estos versos todas esas importantísimas noticias biográficas, y su confirmacion en algun escritor antiguo y en papeles de aquella era.

Ni un instante se detuvo Francisco de la Torre en declararnos su patria; la dice en la primera página del libro, en la primera composicion, en la primera estrofa:

Vos, á quien la fortuna dulce espira,
Títiro mio, la gloriosa llama
Cantando, — vuestro Tajo y *mi Jarama*
Parais al son de vuestra hermosa lira.

Nació pues en un lugar de la ribera del Jarama; y esto, y el sobrenombre del inspirado cantor, desde luego eran indicios para suponerle de Torre-laguna, donde vino á la luz del dia el gran cardenal Jimenez de Cisneros, y donde yace el poeta Juan de Mena. De allí, segun costumbre de aquella edad, pudieron él ó sus mayores tomar apellido, como del pueblo de su naturaleza le tomaron el Ennio español Antonio de Lebrija, el autor de la *Propaladia*, tantas familias y no menos afamados escritores.

Y ¿por qué tiempo hubo de florecer para las musas nuestro ignorado vate? Por aquellos de guerreras hazañas, que domaron en Africa, en el Rosellon, Flándes é Italia el fiero cuello de turcos, alemanes y franceses; en aquellas cuatro décadas que tienen principio al ser en Bolonia coronado emperador Cárlos V por mano del Pontífice, ostentan despues las gloriosas palmas de San Quintin, Gravelinas y el Peñon de la Gomera, y terminan con los inmarcesibles laureles de Lepanto. Llenaba entonces el nombre español toda la tierra, y entre el furioso estrépito de las armas, nuestros capitanes la cubrian

de alcázares y templos, admiracion de las futuras generaciones; las artes y las letras rivalizaban con el siglo de Octaviano; y al aparecer al otro lado del mar un nuevo mundo, el antiguo renacia con los brios y alientos de su mayor grandeza. Pero ¡cosa extraña! las musas niegan entonces su voz á los bélicos triunfos, y con la lira de Tibulo y Virgilio cantan el inocente sosiego de la vida campestre, recordando la envidiable felicidad de la Arcadia. Pastores, que no guerreros, se complace en fantasear Garcilaso; y Francisco de la Torre, soldado tambien y poeta, imagina con envidiable pincel los siglos de oro, quejoso de vivir en los de hierro; bien que no tuvieron aquellos dicha comparable á la de poseer la gentil criatura por quien el vate suspira:

Salve, sagrada edad; salve, dichoso
Tiempo, no conocido
Deste nuestro, alabado por glorioso,
Pero no apetecido.
Si la beldad idolatrada que amo,
Como yo conocieras,
La Arabia sacra, en flor, en humo y ramo
Ardiendo, le ofrecieras.
Salve, sacra beldad, cuya divina
Deidad hace dichosa
Nuestra infamada era, en quien destina
Cielo luz tan hermosa.

Ved aquí patente la gloriosa época de Cárlos V y Felipe II, de los españoles *admirada, pero no apetecida;* y ved cómo aun en este rasgo se descubre el apasionado pecho de La Torre: amar fué su destino, su ocupacion única, su solo pensamiento.

Extremo de pasion y ternura, desde la primera niñez vióse cautivo en las redes de amor, poniendo los ojos y toda el alma en un soberano imposible de sin par nobleza y gallardía. La ilustre doncella era natural del mismo ú de no muy

lejano pueblo del de La Torre, segun parece de las endechas que comienzan:

Fílis, rigurosa
Sobre cuantas cria
La ribera fria
De Jarama hermosa.

Y ¿quién sabe si aquellos dos seres, de condicion desigual, nacieron á la vida el uno cerca del otro, y en la inocente libertad de la infancia unieron sus corazones, soñando dichas que nunca habian de verse logradas? El desvalido mancebo quiso igualarse con su señora y merecerla, ganando en las lides el oro y los blasones que le habia negado la fortuna. Abierto para el valor estaba el palenque en Italia; y ardoroso corrió Francisco á Lombardía, militando en las banderas imperiales. Allí supo alcanzar la victoria como soldado, y allí el favor de las musas como poeta. Pero las amenas campiñas que riegan el Po y el Tesino, y en cuyas fortalezas se detuvo de guarnicion largo tiempo, ni le hacian olvidar de su amada ausente, ni menos de los caros rios de su patria; antes bien desataba en ellas el estro y la memoria para recordarlos, acongojado por el recelo, tristeza, inquietud y deseo. Así habla de sus proezas militares, de sus grandes sacrificios y padecimientos amorosos:

¡Cuántos montes y rios,
Cuánta agua y cuánta tierra
Me esconden unos ojos soberanos,
Que de los tristes mios
Levantaron la guerra,
Por quien triunfaron mis vencidas manos!
¡Cuántos respetos vanos,
Cuántos inconvenientes
De bienes mal seguidos
Me tienen escondidos
Los luceros del cielo transparentes!

Pasaron los años, y el aventurero volvió al suelo natal cuando habia hecho su ordinario oficio la ausencia. Aquella Fílis tan amada, era ya en la corte imperial de Toledo mujer de otro hombre, rico, pero anciano; rival, pero bienhechor un dia del desvalido mozo. La gratitud sella sus labios para la injuria, y apenas les deja exclamar, reparando en una viuda tortolilla :

La rigurosa mano que me aparta,
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y vitorias:
Sábelo el monte y rio
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias.
Por ella está cubierto
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna.

Mas ¿quién reprime el ímpetu de la antigua pasion, encendida en la soledad y silencio, y alentada con dulces esperanzas engañosas? Nada hay que pueda extinguirla; y nuevo Petrarca, Francisco de la Torre, con igual entusiasmo que libre, adora en ajenos brazos á su ingrato dueño, y viva y muerta la celebra prodigio de gracias y hermosura. Todo al poeta recuerda entonces su pasado bien y su dolor presente: una tórtola solitaria, dos enamorados pajarillos, un árbol de su pompa desnudo, una fresca y lozana hiedra, abrazada á seco y añoso tronco, son para él otros tantos emblemas de su estado, y ocasion de lamentar propias desventuras en melancólicas endechas. Huye en vano la corte y se destierra de la presencia de su dama; todos los años logra verla durante la estacion calurosa en el alegre esparcimiento de la aldea. ¿Cómo no saludar con vehementísimo deseo los apacibles dias en que se rinde el orbe al imperio de amor? El aura primaveral

De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
El regalado aliento
Del bullicioso céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.
Todo brota, y extiende
Ramas; hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.
¡Yo, triste! El cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia,
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
Renueva, Fílis, esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada.
Vén, primavera; vén, mi flor amada.

Lamentándose no pocas veces de las persecuciones, destierros é infortunios que le atrajo su pasion amorosa, jáctase de que la porfía de los hados no alcanzaba á destruirle; consiguiendo solo hacer en él una prueba de la firmeza más constante y pura que mereció deidad humana. ¿Seria por aventura este mismo tenaz empeño ocasion de que violentamente pereciese la dama; suceso infeliz que llora el poeta en una de sus más inspiradas canciones, en la segunda del libro segundo? Aquella cierva de sin igual hermosura, cuyo nevado pecho atravesó fieramente airada mano; aquel dulce compañero suyo, herido tambien en la inmediata selva; aquellos dos felicísimos amantes que vagaban incautos, acompañados de sí mismos en la

encantada soledad de las riberas del Tajo; aquellas asechanzas de un astuto montero, que los viene siguiendo por los desiertos campos; aquel martirio de amor, triunfo glorioso, corona y premio de dos finas almas; y en fin, aquellas palabras tan significativas,

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora,

encierran sin duda una misteriosa tragedia de honor y de venganza. Y no se me oponga ser ajenas al cantor tamañas desventuras: porque de ellas entonces habria sacado útil leccion para la advertencia y escarmiento propios, segun acostumbró en las demás composiciones.

Puesto que ya en las de Francisco de la Torre vemos seguras noticias de su patria, profesion y tiempo en que pudo florecer, y lo que es más aun, de lances muy curiosos de su vida,—séanos lícito conjeturar qué amigos trató, y desvanecer así el último de los cuatro argumentos negativos, único apoyo de la extravagante opinion que intento combatir.

Si tenemos en cuenta el pomposo atavío greco-romano con que las antiguas musas de Sicilia y Padua renacieron en el siglo XVI; si reparamos cuán fiel y escrupulosamente quisieron imitarlas y superarlas, primero Sannázzaro en su *Arcadia* y églogas piscatorias, y despues Garcilaso, La Torre, Figueroa, Valbuena, Galvez de Montalvo, Cervántes y Lope de Vega; y finalmente, si traemos á la memoria que aun los capitanes y palaciegos de Cárlos V y Felipe II gustaban de imaginarse árcades, preciando los rústicos sayos á costa del brocado y la malla,—verémos en los Tírsis, Damones y Montanos de nuestro autor, no fantásticos y supuestos confidentes, sino reales y verdaderos amigos suyos. ¿Quién ignora que de Garcilaso lo fueron positivamente Albanio y Nemoroso? ¿Quién olvida que entre los poetas de aquel tiempo se conocia por Meliso al gra-

ve D. Diego Hurtado de Mendoza; por Artidoro, á Rey de Artieda; por Lauso, á Luis Barahona de Soto; por Arcileo, á D. Alonso de Ercilla? Montano era el poético sobrenombre de D. Juan de Mendoza y Luna, segundo marqués de Montesclaros; Damon se decia el famoso Pedro Lainez, que falleció de pagador, siguiendo la corte de Valladolid, año de 1605; y Tirsi, el divino Francisco de Figueroa, natural de Alcalá de Henares, donde tal vez en 1536 nació para ornamento y lauro de las musas españolas. Pues, Señores, á estos tres últimos sospecho yo que tuvo por amigos y camaradas Francisco de la Torre.

¿Con qué ternura, como si fuese algo mayor en edad, suele advertir de los peligros á Tirsi, y con él comunica sus glorias y sus pesares? La Torre y Figueroa nacen en pueblos comarcanos; son unos mismos su profesion, inclinaciones, estudios y gustos; y corren igual fortuna en sus amores. Ambos encarecidamente celebran las orillas del Tajo; uno y otro á la toledana Fílis, milagro de alteza y hermosura; uno y otro se precian del amistoso afecto de Montano y Damon, suspiran ausentes, desdeñados ó mal correspondidos. Los dos, al volver de las italianas regiones, encuentran mujer de otro á la que ciegamente idolatraban; este llora á Fílis cubierta de crueles heridas; aquel viéndola partir para Italia. Entrambos prueban en sus versos que es amor enfermedad lastimosa de la razon, locura, ó méritos para ella. ¿Qué más? Ya de asiento en el suelo natal, obsequiado de los sábios maestros complutenses, y recibiendo incesantes aplausos de sus compatriotas, Figueroa procedió con tal reserva en cuanto á los sucesos de su vida, que de ella nadie le pudo oir jamás circunstancia ninguna. Sus versos, y su memoria tal vez hubieran perecido á no venir afortunadamente los borradores á manos del señor de Pozuelo, y despues á las del cronista Luis Tribal-

dos, que en Lisboa los dió á la estampa, año de 1626, tres antes que intentase hacer lo mismo Quevedo con los de Francisco de la Torre, que les son tan parecidos en asunto, índole, forma, y hasta en la de pasar á dominio del público (1).

La Torre y Figueroa fueron en Italia soldados y estudiantes; y allí, tomando ora la pluma, ora la espada, y señalándose en todo género de erudicion y buenas letras, adquirieron aquella suavidad de expresiones, fluidez, amenidad y pureza de estilo, y sonoras y elegantes frases, con que significaban la admirable dulzura de sus afectos. Mílites en la escuela de Garcilaso, imitando, copiando y compitiendo el buen gusto de la antigüedad griega y romana, supieron sacar provecho de los viajes y marciales excursiones para levantar á su mayor grandeza las letras de su patria, trayéndole, al volver, los sazonados frutos de su aplicacion é ingenio. ¿Qué extraño, Señores, que ambos Franciscos mereciesen de sus contemporáneos el renombre de divinos?

Dos noticias más creo, por último, descubrir en los versos de nuestro poeta: que retirado á las márgenes del Duero, en edad avanzada, ni aun podia olvidar su pasion; y que hubo de morir sacerdote. Deduzco lo primero de aquella trova en que dice, hablando con el rio:

(1) En una de las elegantes epístolas del zaragozano Juan Verzosa (Palermo, 1575), dirigida á Figueroa, se habla de cierto Francisco Patricio, fino amigo de entrambos. ¿Puedo yo, buscando en todas partes á La Torre, omitir semejante noticia?

Francisco dic Patricio: contraria ne vis
Laxet amicitiae, quae strinxit vincula nostrae;
Et si opus, exora. Sic, quando Virginis almae
Urbs tibi Compluto natali charior erit,
Intra Senenses vigeat concordia muros.

Además, por rara coincidencia se ve poco despues otra epístola dedicada *Ad Fernandum Torrem.*

Tú solo te duele
De mi suerte amarga,
Que una vida larga
No hay quien la consuele;
Ya que el cielo ordena
Que apartado viva,
El alma cautiva,
Y el cuerpo en cadena.

Hácenme sospechar lo segundo tantos literatos y guerreros como entonces ascendieron al sacerdocio; y que por ello La Torre hubo de poner al frente de su libro tales palabras: «Con frenesí escribí esto; ahora se me escandaliza el ánimo.»

Pero sea lo que quiera, indudable parece que hácia los años de 1593, en que pudiera contar sesenta, le hubo de conocer el monstruo de la naturaleza, Lope de Vega Carpio, á la sazon que servia la plaza de secretario del duque de Alba en la capital de sus estados, y visitaba los pueblecillos que bañan Tórmes y Duero. Entonces apreció el entendimiento clarísimo del anciano, y treinta y siete años adelante celebró su memoria en el *Laurel de Apolo*, entre los ingenios que ilustraron las escuelas de Salamanca (1).

Muerto y al instante olvidado Francisco de la Torre, vinieron sus papeles á poder de un ilustre caballero lusitano, que, por su inclinacion natural á la poesía, por su buen gusto y amor á las ciencias, tuvo el renombre de Sábio. Don Juan

(1) En Alba de Tórmes, á 29 de octubre de 1593, y en enero del año siguiente, firmó Lope sus dos comedias, *El favor agradecido*, y *El maestro de danzar*: de aquella hace mencion el baron de Schack, *Geschichte der dramatischen Literatur und kunst in Spanien;* mas el autógrafo de la segunda pertenece al erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Los señores Dávila, Ruiz y Madrazo, en su *Reseña histórica de la universidad de Salamanca* (impresa en la misma ciudad, por Morán, año de 1849), incluyen á Francisco de la Torre, como bachiller de aquel emporio literario, en el catálogo de hombres célebres que produjo.

de Almeida, pues (que así se llamaba), señor de Couto de Avintes, é hijo de uno de los consejeros de Felipe II, apreció como discreto el valor de tales rimas, comunicólas presuroso con el Brocense en la universidad de Salamanca, y alentado por él, se decidió á que corrieran de molde. No obstante, medroso de verlas sin ornamento de algun moderno escritor, hubo de suplicar al docto maestro Sanchez que las autorizase con traducciones suyas, unidas á otras de Alonso de Espinosa, Fr. Luis de Leon y el propio Almeida, varones todos unidos por estrecha amistad. Aprobó el tomo Don Alonso de Ercilla, dió licencia para la impresion el Consejo Real; pero, ¡desdichada suerte de flores tan generosas! de nuevo padecieron extravío. Por fin las halló D. Francisco de Quevedo Villegas, en tiempo y lugar donde no habia del autor noticia alguna (1). Estimólas oro purísimo; y en el verano de 1629, no creyendo obsequiar mejor al yerno del favorito de Felipe IV, le dedicó el precioso ramillete, pequeño en volúmen, pero de inestimable valor, intitulado: *Obras del bachiller Francisco de la Torre;* las cuales aun todavía no se vulgarizaron hasta el año de 1631 (2).

(1) «Hallé estos poemas por buena dicha mia, y para grande gloria de España, en poder de un librero, que me los vendió con desprecio. Estaban aprobados por don Alonso de Ercila, y rubricados del Consejo para la imprenta, y en cinco partes borrado el nombre del autor, con tanto cuidado, que se añadió humo á la tinta. Mas los propios borrones, entonces piadosos, con las señas parlaron el nombre de Francisco de la Torre.» (—Quevedo, en la dedicatoria al yerno del conde-duque de Olivares.)

(2) Obras del bachiller Francisco de la Torre. *Dalas a la impression D. Francisco de Queuedo Villegas Cauallero de la Orden de Santiago. — Ilvstralas con el nõbre, y la protecciõ del Excelentissimo Señor Ramiro Felipe de Guzman, Duque de Medina de las Torres, Marques de Toral, &c. — Con privilegio. En Madrid en la Imprenta del Reyno, Año de M.DC.XXXI. — A costa de Domingo Gonçalez, mercader de libros.*

El *privilegio*, á favor de Quevedo, está expedido en 14 de marzo de 1630; la

En la dedicatoria y advertencia á los que leyeren, dijo nuestro caballero, con palabras de verdad y ánimo sencillo, como hubo de rescatar aquellas trovas; y no omitió señas ni pormenor ninguno del códice manuscrito. La aseveracion del bizarro editor confirmaron sin reticencias los aprobantes y censores; y (repárese bien) por medio del suyo puso fuera de disputa el real Consejo de Castilla que habia ya mucho antes examinado los versos el cantor de la *Araucana*.

Desgraciadamente el señor de Juan Abad deslució su trabajo, cediendo, por una cortesana atencion, al sentir del conde de Añover, que ni llenaba ni podia llenar de convencimiento su buen juicio. ¡Error increible! con el buen Alfonso de la Torre, bachiller y coplero en los tiempos del rey D. Juan el Segundo, coetáneo de Juan de Mena, y autor de la *Vision deleitable,* confundió al asendereado Francisco de la Torre. Perdonemos que dormite una vez siquiera quien tantas, aparentando que dormia, estuvo despierto felicísimamente.

Sin embargo, Señores, sus contemporáneos no se lo perdonaron. Y aquí teneis un solemne testimonio histórico de la existencia real y verdadera del gran poeta clásico, testimonio que saca airosas todas mis conjeturas.

Por el yerro de confundir el estilo de dos siglos tan opuestos, y por ignorar que siguió la Torre inmediatamente á Garcilaso, y fué de Lope de Vega conocido, — á los pocos meses

fe de erratas es de 4 de octubre de 1631; la *tasa*, de 7 del propio mes. Por el ordinario *aprobó* el libro D. Lorenzo van der Hammen y Leon, en 17 de setiembre de 629; por el Consejo de Castilla, el maestro José de Valdivielso, capellan de honor del Ser. Sr. Infante y Cardenal de España, en 2 de octubre del año siguiente. No tiene fecha la *dedicatoria* de Quevedo; á que sigue una juiciosa advertencia, del mismo, *A los que leerán.*

16 fojas de principios, y 136 de texto, en 16.°; estando desde la 104 equivocada la foliacion. Llega la signatura de aquellos hasta ¶¶ 4; la de los pliegos del texto alcanza á la R. 4.

de muerto el Fénix de los ingenios, y á los cinco años de impresas las rimas, vió Quevedo mortificado su amor propio con una acerba censura de Manuel de Faría y Sousa, caballero de la casa real, en su comentario á las *Lusiadas de Luis de Camoens*.

Permitidme que textuales os refiera sus palabras; advirtiéndoos que las imitaciones que de La Torre piensa hallar Faría son casuales y trivialísimas coincidencias. Dice así:

«De algunos fué imitado Camoens, siendo los principales D. Alonso de Ercilla, Lope de Vega y Francisco de la Torre; no el llamado bachiller con este apellido en el *Cancionero general*, como con notable engaño se dejó creer D. Francisco de Quevedo; pues *consta que fué conocido de Lope de Vega*. Y quien tuviere conocimiento de los estilos de las edades, verá fácilmente, leyendo unas y otras obras, que las del Bachiller son de aquel tiempo, y las de Francisco de la Torre deste, portándose cada uno conforme al que le cupo en suerte.» En otra parte vuelve á repetir: «Con el alto, dulce y feliz Garcilaso compite Francisco de la Torre, *que se le siguió*, como consta de mejores diligencias que la de quien, con lastimosa omision de la buena diligencia, le llama Bachiller de la Torre, que vivió en los tiempos de Garci-Sanchez, siendo Francisco de la Torre, que vivió en los de D. Alonso de Ercilla, sin bachillería; dejándose creer que se pudo hablar de aquel modo en tiempo de Garci-Sanchez, que realmente era cosa bastante á extinguir las más récias cataratas (1).»

Esto escribió Faría en marzo de 1636; Quevedo no tuvo qué replicar. ¡Oh! Si al tiempo de adquirir el libro precisamente, por causa del Dr. Juan Perez de Montalban, no hubiese roto vínculos cariñosísimos con Lope de Vega, ¡cuán-

(1) *Lusiadas de Luis de Camoens, comentadas por Manuel de Faria y Sousa*, Madrid, por Juan Sanchez, 1639. Véanse las páginas 75 y 135.

tas inestimables noticias habrian enriquecido esta publicacion interesante! El gran dramático, dejándole en su error, limitóse á censurarlo de palabra en academias y corrillos; bien que de público procuró cantar y anunciar en el *Laurel de Apolo* el precioso hallazgo de las castizas y elegantes poesías de La Torre:

Mas ya Febo socorre
Su lira, que llevaba, como á Orfeo
La suya el Estrimon, esta el Leteo;
Porque puedan las musas castellanas
Salir hermosas sin teñir las canas.

Pero ni entonces ni en más de ciento veinte años despues, amigos y adversarios, apologistas y detractores del señor de Juan Abad, nadie puso lenguas en que fuesen tales versos más antiguos que el editor, ni en que este hubiese prestado á las letras mayor servicio que el mismo que deben á Luis Tribaldos de Toledo por las canciones del divino Figueroa (1).

Pues á deshora, ved aquí en 1753, un hombre de mérito indisputable, D. Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, sosteniendo ser Quevedo el verdadero autor de aquellas excelentes obras (2). Recordó, sin paridad de causa, el ejem-

(1) En el libelo indigno que vulgarizaron los enemigos de Quevedo en 1635, con título de *Tribunal de la justa venganza*, no solo hacen relacion de cuanto habia dado á la estampa el satírico, sino de obras suyas no publicadas hasta el siglo presente. Excuso afirmar que ni allí ni en otros papeles de igual índole hay nada que pueda referirse á estos poemas.

(2) POESIAS QUE PUBLICÒ D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, *Cavallero del Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad, Con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre. — Añadese en esta segunda edicion un discurso, en que se descubre ser el verdadero Autor el mismo Don Francisco de Quevedo: por Don Luis Joseph Velazquez, Cavallero del Orden de Santiago, de la Academia Real de la Historia.— Con Privilegio: En Madrid, en la Imprenta de Musica de D. Eugenio Bieco, Calle del Desengaño. Año de* 1753.

Dedicatoria del librero al marqués de la Ensenada. *Censura* de D. Ignacio

plar del dominicano Fr. Jerónimo Bermudez, cuyas tragedias se publicaron á nombre del fingido Antonio de Silva; y la travesura de Lope, rebozado en el disfraz de Burguillos: como si en el primer caso no fuera el seudónimo indispensable por el hábito religioso del trágico; y en el segundo, para que las bizarrías de *La Gatomaquia* y los galanteos á la señora Juana no causasen escándalo autorizados por un varon septuagenario y sacerdote. Y advertid que el ingenioso innovador malagueño desentendíase completamente de la diferencia de los casos: diferencia que resulta mayor todavía, recordando que Bermudez no se opuso á que por su propio nombre le llamara un amigo en cierto soneto impreso al frente de las tragedias; y que idéntica circunstancia se echa de ver en las rimas de Burguillos, donde unas décimas de Salcedo Coronel, estampadas al principio del libro, publican ser éste parto feliz de la pluma de Lope de Vega. ¿Sucede lo mismo en la coleccion de La Torre? De ningun modo.—Velazquez pensó avalorar sus imaginaciones con tal cual analogía en poemas de La Torre y Quevedo, cuando en su índole desemejan como el dia y la noche, lo negro y lo blanco, una bizarrísima dama de veinte y cinco alfileres y una mocetona del bureo, con pañolon de

de Luzan, calificando de «muy fundadas las conjeturas con que se restituye esta obra» á su verdadero autor; 21 de febrero. *Licencia* del ordinario, á 27. *Aprobacion* (por el Consejo) de D. Agustin de Montiano y Luyando, secretario de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, y director perpétuo de la Real Academia de la Historia; 18 de noviembre de 1752. *Privilegio* del Rey, en 30 del expresado mes. *Fe de erratas*, á 17 de marzo de 1753; *tasa*, diez dias adelante. Sigue un *Prólogo;* y despues, en 20 páginas, el *Discurso*.

Hasta la 170 se halla fielmente reimpreso el ejemplar de 1631, en la parte de texto. Despues van las aprobaciones, dedicatoria y advertencia preliminar de la misma edicion. Y acaba el libro con las seis composiciones poéticas del bachiller Alfonso de la Torre que se hallan en el *Cancionero*.

16 fojas de principios, 96 de texto, en 4.º; hasta la signatura Dd. 2.

seda medio caido, arrastrando por barrizales. Y olvidó que al autor antiguo pertenece aquel hermoso verso:

Dióme el cielo dolor, y dióme vida,

con que empieza (colocándolo así desventajosamente) el caballero santiaguista un soneto. Y no reparó que la égloga del clásico intitulada *Galatea* (cosa muy de considerar) sirvió de guia y fundamento, en plan, giros y frase, á la cancion del pastor Crisóstomo, que se reputa la más inspirada del *Quijote*.

Tampoco hallan los secuaces del marqués de Valdeflores otro ningun Francisco de la Torre, sino el señor de la Torre de Juan Abad. Sin embargo, dos más recuerdo yo, con los que vienen á ser cuatro nada menos; contemporáneo el uno del poeta bucólico, el otro del satírico. Fué aquel un discreto secretario del obispo de Verona, en la misma ciudad nacido, amante de la castellana lengua y apasionado de las musas, que debió á los hijos de Aldo figurar en la coleccion intitulada: *Lettere volgari di diversi nobilissimi huomini;* Venecia, 1548. Residia el último en Aragon, mediado el siglo XVII; su patria, Tortosa; escritor dramático, gongorino y culto, de quien se leen graciosos epigramas y una traduccion de las *Agudezas de Juan Owen*. Y ¡cuántos otros olvidados ingenios haya quizá en nuestro Parnaso del propio nombre y apellido!

Aceptaron por moneda corriente la ingeniosa cavilacion de Velazquez, llevados de la novedad, Luzán, Montiano y Luyando, y Lopez Sedano, y aun hoy la siguen varios críticos españoles y extranjeros. Paréceles que de no haberse publicado en 1631 la aprobacion de Ercilla y la primera licencia del Consejo se infiere ser todo ficcion é impostura. Que no existió La Torre, cuando no le citan los que en verso y prosa hicieron largo catálogo de nuestros ingenios. Desprecian y tuercen el testimonio de Lope de Vega, porque erró, supo-

niendo que el mérito de La Torre habia merecido encomios de Garcilaso (1). No hallan rastros en las obras del para ellos fabuloso cantor, que indiquen circunstancias de su vida, ni tampoco en documentos de los siglos pasados. Y entienden que rebozándose con un discreto seudónimo, descubria el señor de Juan Abad ser tales versos parto de su juventud, cuyos extravíos y desórdenes amorosos no quiso dejar autorizados con su nombre á los tiempos venideros. ¡Cuánta inexactitud! ¡Cuánta ligereza! ¡Qué absurdo!

¿Poner reparo en suscribir este libro el autor de los *Sueños?* ¿De tan inocentes versos escandalizarse quien á la sazon imprimia otros llenos de malicia y ponzoña? ¿Tan mirlado el hombre que durante su última enfermedad retocaba y coleccionaba las picantes letrillas, los desenfadados romances, la *Sátira del matrimonio*, y casi todas las seis primeras musas castellanas (2)? Muerto Quevedo, revisarlas, pulirlas y darlas á

(1) «Celebrado del mismo Garcilaso,
A cuyo lado dignamente corre.

»Adviértase la equivocacion que padeció aquí Lope de Vega, cuando dice que el Bachiller de la Torre fué celebrado del mismo Garcilaso, no habiéndolo sido sino de Boscán; pues entre las obras de Garcilaso no hay memoria de tal bachiller.»

Así en la página III de su *Discurso* el marqués de Valdeflores. Sin embargo, en este pasaje no se acordó Lope de Vega del bachiller y rimador Alonso de la Torre, sino del soldado y poeta Francisco, de quien acababan de parecer las obras; aun cuando bien pudo trascordarse, y caer en otro diferente anacronismo, aturdido con la fama de los elogios de Boscán, que engañaron á Quevedo, y ponderaba en todas partes el conde de Añover.

Pero si La Torre hubiera realmente alcanzado los tiempos y la amistad de Garcilaso, no haria fuerza tampoco la dificultad que opone Velazquez, por ser muchas las canciones que del príncipe de los poetas castellanos se han perdido, segun afirma con muy curiosos pormenores el prólogo de la rarísima edicion de sus obras, hecha en Lisboa por Pedro Craesbeeck, año de 1626, en 16.°, y dirigida por el Dr. Luis Brizeño de Córdoba.

(2) Así aparece de las últimas cartas á su amigo D. Francisco de Oviedo, que

la prensa fué grato empeño de su apasionado y confidente D. Jusepe Antonio Gonzalez de Salas, hermano suyo en Apolo, y á cuya correccion y censura sometió siempre cuanto en materia poetica escribia. Pues ¿cómo tan reservado tambien aquel que para reunir todo lo de su amigo desentraña los romanceros, cancioneros, fiestas y antologías, en todo el siglo publicados, y ni por descuido cita las *Obras de Francisco de la Torre?*

Más todavía: en el mismo prólogo de ellas estampó nuestro Juvenal castellano insigne prueba de la verdad que defiendo. ¿Es creible jamás que tan egrégio varon se aventurase á pasar por impudente sobre necio, afirmando en la advertencia preliminar «que el doctísimo y elegantísimo Fernando de Herrera siguió por maestro y ejemplo á Francisco de la Torre, imitando su diccion, y tomando sus frasis y voces, de modo que no son semejantes, sino uno;» y añadir que «le fué ejemplar en todo lo bello y galante, mas no en las voces que se leen con ceño en el vate andaluz»? Sin duda el marqués de Valdeflores dejó de reparar en este eficaz argumento, por haber anticipado su juicio y puesto en olvido la sinceridad desenvuelta, el genio y costumbres del gran político y filósofo cristiano.

En nada se parecen ni la vida ni los escritos de La Torre y Quevedo.

Quevedo no tuvo su cuna orillas del Jarama, sino del Manzanares (1); fué político, nunca soldado; tocóle un tiempo no de victorias y grandezas, sino de corrupcion, miserias y reveses; vivió con pena mirando crecer la herejía, altivo y afir-

muy pronto verán la luz pública en el tomo II de la edicion estereotípica, puesta á mi cuidado.

(1) Mas ya soy sombra solo de aquel hombre
Que nació en Manzanares,
Para cisne del Tajo y del Henares.

mado el holandés, orgulloso el galo, satisfecha Venecia, y envilecida su patria. Quevedo no pudo nunca llamar *glorioso, aunque no apetecido,* á su siglo, cuando clamó desde su primera juventud que *aquella edad desvariaba y que el mundo estaba caduco.* Mora casi siempre La Torre en aldeas y castillos, lejos de las grandes ciudades, en íntimo trato con la naturaleza; Quevedo no respira otro ambiente que el mortífero de las cortes y palacios. Es filósofo cristiano y teólogo este; aquel, poeta imitador constante de la forma y sentimientos gentílicos. El uno pertenece al renacimiento greco-romano, quilatado por la idealidad caballeresca y por la frase robusta, llena de juventud y esplendor; el otro á la decadencia del buen gusto y del lenguaje, repentinamente agotado y envejecido por la afectacion y soberbia. Quevedo, en fin, no podia estimar seudónimo discreto el de Francisco de la Torre (que entre nosotros no vale señor de tal villa, sino de ella natural ú oriundo), cuando usaba de nombres más significativos, como *licenciado Cisca* y *Aldrobando Anatema Cantacuzano.*

Hay más, Señores Académicos : faltábale á su corazon sávia para esos tiernos y delicados matices de un platonismo exquisitamente pulcro, de una pasion toda espíritu, de un fuego alimentado de sí propio. El que desde su niñez, huérfano y adinerado, se aficionó al trato de mujeres corrompidas, conociendo antes el deleite que el amor é invirtiendo así el órden de la naturaleza, habia de tener en más las záfias campesinas que las Beatrices y Lauras, habia de clamar en las cortijadas y breñales :

Las mujeres desta tierra
Tienen muy poco artificio,
Mas son de lo que las otras
Y me saben á lo mismo.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos,

Que besar labios con cera
Es besar un hombre cirios.
Buenas son estas sayazas
Y estas faldas de silicio;
De plata son estas breñas,
De brocado estos pellicos.

El que así materializaba sus afectos, era incapaz de exprimirlos con aquella delicadeza que La Torre, y de recordar, como el, los favores de su dama en frase honesta y estilo recatado.

Pero, Señores, ¿á qué fatigo vuestra atencion? Si faltaran todas esas pruebas y datos, y existiesen únicamente las obras de uno y otro ingenio, ¿quién habia de confundir los versos de la decadencia con los del siglo de oro? En el XVI cegó los ojos el vivísimo resplandor de la gloria para no reparar en la podredumbre y lodazales de las humanas pasiones; mas nada hubo que luego no los hiciese patentes, durante el imperio de los favoritos y ambiciosos. Entonces se despierta la sátira, triunfa la maledicencia, cunde el libelo; y no se estudia, como antes, á Virgilio y Teócrito, sino á Juvenal y Lucano. Los modelos clásicos de la civilizacion latina fueron alimento de nuestra edad de oro; de la siguiente, los filósofos y poetas de la decadencia romana.

Barajad las poesías del mal llamado bachiller con las de su camarada Figueroa, y os costará ímprobo trabajo distinguirlas y conocer su dueño. Mezcladlas con las más tiernas y graves de Quevedo, y podréis volver á juntar las de este con facilidad mayor que en un tablero de ajedrez los revueltos peones. En la composicion más petrarquista, en la más tersa y pulcra habrá de venderle un rasgo de agudeza é ingenio, un concepto sutil, discreteos, retruécanos, equívocos y aun á veces resábios de culteranismo; en vano conoce el mal y le huye; la atmósfera que respira está envenenada, y el escritor

universal adolece, sin saberlo, de todos los defectos de su siglo.

La Torre personifica el suyo á maravilla: influido por el clasicismo elegante de los italianos é imitándolos, nunca deja de ser original y español, siempre aventaja á sus maestros en la melancolía dulce y encantadora que distingue la grave poesía castellana. El dolor de ellos es palabrero y ruidoso; pero el de nuestro vate (si no tan bien expresado como en las *Odas á la barquilla*, de Lope, y en los cantares elegíacos de Garcilaso y Rioja) estímese mucho más hondo, más vivo, lleno de resignacion desesperada, envuelto en el secreto y misterio. La lira de Orfeo repetia, abandonada, ecos dulcísimos; si de los sauces cuelga La Torre su caramillo, el poeta

llora, y él suspira!

Hasta aquí, para mis conjeturas, no me he valido sino de los datos que estaban en dominio del público. Pero, ¿qué diriais, Señores Académicos, si las confirmasen á maravilla documentos fehacientes, que en Madrid mismo tenemos á la mano? ¿Qué diriais si entre los papeles de la universidad Complutense, hoy custodiados en el archivo de la Central, vieseis, como acabo de ver yo, el nombre de *Francisco de la Torre, natural de Tordelaguna*, entre los colegiales de San Isidoro y San Eugenio, que por los años de 1554 y 1555 fatigaban en el estudio de los autores clásicos, tanto historiadores como oradores y poetas, latinos y griegos? Sin cursar filosofía ni poderse ufanar con título de bachiller, hizo la primer matrícula de cánones á los veinte y dos años de su edad, en el siguiente de 1556. Ya de aquí en otro ningun registro aparece su nombre. ¿Acaso porque fué entonces cuando el enamorado mozo abandonó el suelo natal, y abrazó la profesion de las armas,

y codició encontrar la fortuna ó la muerte en la guerra (1)?

Dejemos que el tiempo y la casualidad completen estos descubrimientos, mostrándonos los hechos del poeta en Italia y su vida ulterior en España; y ahora ponga yo término, en obsequio vuestro, á tan desaliñado discurso.

Pero, antes de concluir, ¿deberé, Señores, por ventura detenerme á indicar los pequeños lunares que deslustran estas inspiraciones poéticas, así como los méritos que las avaloran? ¿Habré de señalarlos ante vosotros, amaestrados custodios de la frase castiza, y defensores insignes de su pureza y nitidez? ¿Cúmpleme indagar por qué causa, en un siglo en que los pe-

(1) Debo á la obsecuente amistad del Sr. D. Manuel de Goicoechea, distinguido paleógrafo y profesor de la escuela de Diplomática, el ver (al tiempo mismo de entrar en prensa este pliego) documentalmente confirmadas mis conjeturas. Hé aquí lo que arrojan los antiguos cuadernos originales de Alcalá, habiendo registrado con atencion todos los libros desde el año 1530 á 1569.

«1554. — *Matricula Vniuersitatis & collegij complutensis Anno a Natiuitate dni mill^{mo} quing^{mo} quinquag^{mo} quarto incipiendo a Die Sancti Luce Eiusdem anni Rector D. magister Petrus Sanchez.*

(foja 30.) *Colegi sante sidori mediocrum. octobris* 1554.

(dia) 26, diego de llinam de tor de laguna— t^{o} (Toledo)—20 (años.)

26, juan batista de almonacir idem — 16,

26, andres del poço idem — 20

26, fran^{co} de la torre ydem — 21»

« 1555. — *Rector D. de Ages.*

(foja 4) *Collegij sancti Evgenij maiorum.* 1555 *as^{o}. diçienbre.*

23 fran^{co} de la torre de tordelaguna t^{o} 21.»

1556.— *Rector D. magister Sanchez.*

(foja 62 y 65 vuelta.) *Canoniste* 1556. *dez^{e}* (diciembre).

13 fran^{co} de la torre de tordelaguna t^{o} 22 »

Dos estudiantes más de esta familia se hallan en tales registros:

Hernando de la Torre, de Tordelaguna, seguia las humanidades en el colegio de San Isidoro, por los años de 1548, 49 y 50, contando diez y ocho de edad.

Y de quince *Juan de la Torre* era terminista ó sumulista, en 1566.

trarquistas italianos, capitaneados por el Bembo, rendian ciego culto á la forma, nimiamente cuidadosos de pulir el giro, la sentencia; de observar la exacta medida y armonía de los versos, hasta caer en afectados,—Francisco de la Torre, inspirándose en los grandes modelos de Italia, y copiando otros de segundo órden, como Benedetto Varchi y Angelo de Constanzo, peca tantas veces contra la forma? Esto fuera en mí atrevimiento indisculpable, cuando la aventajada pluma de un ilustre académico, recientemente arrebatado á la vida, con peregrino arte deslindó aquellos descuidos y bellezas. Quintana vuelve su personalidad, en 1808 y en 1830, al lírico desconocido; desprecia los aun hoy erradamente acreditados sueños de Velazquez; proclama que para ello no se necesita más sino conocer, segun sus diferentes edades, los estilos de nuestra poesía; y ¡admirable acierto! coloca á La Torre próximo á Fray Luis de Leon y á Garcilaso.

¡Cómo le deleitan estos, en su opinion, frutos de los más opimos que rindió aquella era de excelentes varones! Las rimas (dice el autor del *Pelayo*) «todas pastoriles; sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad más rigurosa con él. Sus dotes más eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido, como él, sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. Y lástima grande que falte á sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposi-

cion y contraste entre las situaciones de los interlocutores. El poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas, que al fin cansan y fastidian.» Las palabras del autorizado crítico no consienten que las reemplacen otras

Pero, Señores, ¿qué vale encontrar dureza en tal verso, prosaismo y pesadez en cual otro, descuido en pequeños accidentes, como llamar ardoroso al cierzo y helado al austro; violencia en esta figura, ú oscuridad en aquella rebuscada estrofa? ¡Cuántos raudales de armonía, para despuntar la rígida censura; cuanta claridad, para desvanecer tan débiles sombras! Él es quien allana los caminos al puro, al sencillo, al tierno, al religioso Fr. Luis de Leon, su compañero en Alcalá de Henares y en Salamanca, á fin de que llegue á ser por excelencia el poeta castellano. Él quien, en mi sentir, educa y amaestra á Figueroa, cifrando todas sus complacencias en este, que mira como discípulo, como amigo, como hijo. En él halla Fernando de Herrera su más cuidadosa lima; en él Cervántes la traza de un admirable canto elegíaco; bellezas que emular Mira de Amescua; y luz y guia todos los preclaros vates que le siguieron. ¡Dichoso quien en el templo de la fama se asienta al par de Garcilaso y Leon, de Tasso y Ariosto; al lado de Rafael y Miguel Angel, de Juanes y Siloe, de Vives y Granada; entre los héroes escogidos que triunfaron en el Garellano y Pavía, en las lagunas de Méjico y en los mares de Oriente! Mas ¡ay, cuán equivocadamente le aclamo venturoso! Infelicísimo, diré, quien, siéndolo en vida, es aun más infortunado todavía despues de muerto, cuando en tela de juicio se le ponen los dulces hijos de su ingenio soberano.

¡Ojalá, Señores Académicos, esta disputada inmortal guirnalda de áureas flores perteneciese á Quevedo! Gozo ningu-

no hubiera comparable con el mio, á estarme reservado á mí afirmarla en sus sienes; á mí, que años y años vivo con el Luciano español, y le siento á mi mesa, y velo por él, y le soy deudor (grato me es confesarlo) de la honra que en este sitio recibo, y con que vosotros aprisionais mi alma en inmensa gratitud. Él es mi fiel amigo, él otro padre cariñoso; para él ambiciono todos los aplausos y coronas; pero la verdad y la justicia, hijas del cielo, me imponen el sacrificio de volver á Francisco de la Torre lo que es suyo. ¿Qué digo sacrificio? La gloria de Quevedo permanece intacta. Brillar sin competencia no es mérito; á los grandes ingenios otros tan grandes los hacen mayores; á veces los completan; nunca les son embarazo, sino compañía.

CONTESTACION

POR EL

Excmo. Sr. MARQUÉS DE MOLINS,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

Señores:

Con ser artificio comun en los oradores el ponderar lo desventajoso de su posicion, para avalorar más su desempeño, debo yo, en homenaje de verdad, decir que á ningun otro que á mí pudierais haber elegido más obligado á juzgar con imparcialidad vuestra conducta, y á participar de la gratitud del que con ella habeis favorecido. Ausente de la Academia y de la patria por efecto de vicisitudes que quiero olvidar, ni aun pude contribuir con mi humilde sufragio á la eleccion de que hoy juzga el público. Testigo soy, que no abogado; juez, y no parte. Pero ¿de quién habeis de temer vosotros residencia, cuando el discurso mismo que acabamos de oir os disculpa, si disculpa merecieran, y no encomio, vuestros votos?

Encomio, sí, que cuando estas corporaciones apartan la vista de las escenas políticas, que á cada uno de sus individuos conmueven, y no van á ornar con sus laureles el triunfo de los poderosos, ni á aumentar con sus aplausos el ruido de los mal contentos,—cumplen con un alto deber moral, que merece, por lo menos, consideracion y respeto. Y cuando ni aun así satisfechas, llegan á buscar en su retiro al sábio, laborioso y modesto, para interrumpir quizá la hora de su desgracia con el testimonio del público afecto, alcanzan para sí propias la es-

timacion y alabanza, no ya meramente de los doctos, sino de todos los bien nacidos.

Así, Señores Académicos, habeis obrado cuando para dar sucesor á uno de vuestros compañeros, aficionado al arte dramática y distinguido en la ciencia histórica, nombrasteis á uno de los correctos autores de la *Ricahembra*, al concienzudo y clásico biógrafo de Quevedo: á D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

Si es vuestro deber, como lo publica vuestro lema, *limpiar* el habla y la literatura patrias de las corruptelas que el transcurso del tiempo introduce; *fijar* el uso y el estilo de cada voz, de cada género y de cada época; *dar esplendor*, en fin, á escritores y á escuelas, ¿cuál nombramiento mejor pudierais haber hecho que este, que coloca entre vosotros al diligente crítico que, eligiendo por héroe de sus investigaciones á Quevedo, ha limpiado cuidadosamente su historia personal y literaria de las manchas con que la incuria de dos siglos y la corrupcion del gusto las habian afeado; ha fijado de un modo indeleble el límite entre los hechos y los escritos que le pertenecian, y los que le atribuyeron primero la calumnia, luego la lisonja, últimamente la ignorancia; y viene hoy, en fin, á dar clarísimo esplendor á la dudosa existencia de uno de nuestros más clásicos maestros, el llamado bachiller Francisco de la Torre.

El Sr. Fernandez-Guerra, pues, no recibe de vosotros carta de ciudadanía en la república de las letras; á ella pertenece, en ella vive con gloria, há mucho tiempo; ni siquiera ingresa, por vuestros sufragios, en el noble gremio á que perteneceis, y que él largo tiempo ha ilustrado con aplicacion incansable y con crítica bien intencionada. El hombre que, como yo os he dicho, y él acaba de demostrar, *limpia*, *fija* y *da esplendor* á dos tan insignes maestros, como son el autor de la *Bucóli-*

ca del Tajo y el señor de la Torre de Juan Abad, recibe de vosotros título, y no oficio, de académico.

Y aquí, Señores, es tiempo de que os diga cómo, no habiendo tenido parte en vuestro fallo, la tomo, y muy grande, en el agradecimiento que ha inspirado. Criado yo bajo el mismo techo que el Sr. Guerra, el cual desde Granada, su patria, vino á recibir educacion en el colegio de humanidades del Sr. Garriga; dirigido yo por los mismos maestros, de los cuales alguno se sienta entre nosotros; inclinado á los mismos estudios, aficionado por una rara coincidencia á los propios modelos; yo, que no he alcanzado su mérito, me hago solidario de su gratitud. Y aun de buen grado seria intérprete de sus afectos, si él, con prevencion más discreta, no hubiera buscado en el siglo de oro de nuestros poetas, para que le sirva de patrono, un personaje nuevo, ó al menos desconocido, y con todo famosísimo, con cuyo trato íntimo el Sr. Guerra puede envanecerse, presentándolo luego ya sin disfraz á vosotros y á los amantes todos de la literatura y de la verdad.

Hablo, Señores, del pobre soldado de Italia, confundido hasta hoy con el hidalgo escolar de Alcalá; del buen sacerdote de Torrelaguna, tenido por el cortesano licencioso del Buen-Retiro; del compañero de Figueroa, suplantado por el comensal de Osuna; del alumno, digámoslo así, de Garcilaso, tomado por el rival de Góngora; de Francisco de la Torre, en fin, identificado malamente con D. Francisco de Quevedo Villegas.

Motivo de meditacion es este muy grande, que sean menester exquisitas averiguaciones biográficas, análisis críticos profundos, datos aquí y allí penosamente recogidos, estudio, habilidad, ciencia, perseverancia, para derribar el monstruoso edificio que fácilmente levanta, ya un inconsiderado celo, ya una irreflexiva aseveracion, aun en daño y mengua de la verdad de los hechos, de la razon histórica y del más comun sen-

tido. ¿Qué lepra es la impostura, aun en materias literarias, que tan fácilmente se inocula y propaga, y con tanta dificultad se corrige y destruye?

Como el confundir á La Torre con Quevedo se oponga á la verdad de los hechos, no hay para qué me esfuerce en encarecerlo; el nuevo académico ha caracterizado de tal modo las personas de uno y de otro, que no queda sombra de duda. Un argumento, sin embargo, ha apuntado como de paso, al cual me permitiréis dar mayor ensanche, ya porque es, á mi ver, el más concluyente, ya porque traerá ante nosotros un testigo de mayor excepcion: testigo en verdad de humilde clase, de escasa fortuna, de vida no irreprensible, lisiado y pobre; pero de un nombre tal, que en este sitio no cede el puesto á emperadores ni á santos, y que las naciones todas nos envidian más que la antigua posesion de dos mundos: llámase comunmente Miguel de Cervántes Saavedra.

El manco de Lepanto dió á su amada el nombre de *Galatea*, el mismo que adoptó La Torre en su égloga VI. El autor del *Quijote* introduce en el cap. XIV, parte I de aquel inimitable libro una cancion tan parecida á la égloga citada, que no puede ocultar el parentesco.

En una y otra un pastor quiere darse muerte, desesperado y celoso por los desdenes de su amada:

> Ya que quieres que muera desamado

(dice el uno),

> Ya que quieres, señora, que yo muera
> (Injusto premio de mi fe crecida),
> Oye mi dolorosa voz postrera,
> Que, junta con el ánimo cansado,
> Sale perdiendo la doliente vida.

Y clama el otro:

> Ya que quieres, cruel, que se publique
> De lengua en lengua y de una en otra gente,

Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.

Luego uno y otro amador se dan por satisfechos con alguna ligera muestra de compasion en sus amadas, y dicen á porfia ; el uno :

Si tu beldad del cielo soberano
De mi grave dolor enternecida,
Sin el desden altivo se mostrara,
¿Qué gloria más eterna y más cumplida?

Y el otro :

Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.

En fin, ambos evocan deidades gentílicas para que les hagan el funeral acompañamiento, como era uso entre aquellos eruditos pastores que Petrarca y Tasso dieron á conocer á Boscán y Figueroa. Dice La Torre :

Vos, diosas de las aguas cristalinas,
Sereno cielo, noche tenebrosa,
Marinos dioses, reino sacrosanto,
Hécate de las sombras espantosa,
Deidades sacrosantas y divinas,
Que estáis atentas á mi grave llanto,...

Y Cervántes :

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo,
Tántalo con su sed; Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egïon no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Toda esta procesion, Señores, para, sin embargo, en diverso punto, y aquí la diferencia. La Torre no la hace llegar más que hasta la melancolía del bello siglo de Garcilaso, y dice (volviendo á los últimos versos):

Deidades sacrosantas y divinas,
Que estáis atentas á mi grave llanto,
Venza ya mi quebranto
La rigurosa ira
De aquella que os inspira
Al contrario sujeto que procuro,
Por afligir mi desdichada suerte;
Que si me haceis seguro
Que gusta de mi muerte
Y que en su deseada gracia muero,
Dichoso yo, que alcanzo lo que quiero.

Cervántes hace durar más este extraño y mitológico entierro, hasta que los personajes que evoca alcanzan los nebulosos tiempos del culteranismo; y dice:

Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen á mi pecho; y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil deidades y mil mostros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Así se deduce claramente la prioridad de la égloga de La Torre, aun cuando no la persuadiesen más poderosamente la mayor perfeccion que dió Cervántes á su obra, el plan mejor combinado, más condensado argumento, catástrofe más patética, estrofas uniformes y más pulidas; todo, en fin, menos el estilo y el gusto, que más dependen del siglo que de la plu-

ma, y que ya en Cervántes se aleja de la naturalidad de los petrarquistas, y presagia la afectacion de los gongorinos.

Ni podia ser de otra manera: no tan fácilmente, ni á saltos, adelanta la civilizacion, ni se quiebra tan ahína la magnífica uniformidad con que marchan por un mismo camino y al mismo compás el poder y la lengua, los hombres y los escritos de una propia nacion, dando así claridad y vigor á la que al principio llamé razon histórica.

No temais, Señores, que me extienda aquí en inoportunas y sabidas consideraciones para recordar lo que el habla y la literatura patrias pudieron conservar de la latina; cuánto la impusieron con su conquista los árabes; cómo la engalanaron con flores naturales Alonso X en medio de sus desventuras, y Juan II al son de sus fiestas; de qué manera, en fin, la regalaron atavíos extraños los trovadores aragoneses, trayendo del Oriente sus fábulas, y de Provenza sus juegos.

Cosas son estas para los más sabidas, para otros indiferentes, para todos enojosas; son como las probanzas de nobleza ó como los árboles genealógicos de la musa española. Pero dejadme que os la presente ya zagala, siguiendo en Italia la suerte de un guerrero de Calatrava, galanteada á orillas del Tesino por el tierno Garcilaso de la Vega; jóven y esbelta, inocente y alegre. ¡Cuán bellas son sus formas; recuerdan las ideales creaciones del arte antiguo; cuán sin afeite es su atavío, cuán tierna su voz! Ella se complace en la vida del campo, y aun eso solo para buscar el amor y la alegría; párase á coger flores, que son su único adorno; á hablar de amor, que es su sola pasion; á imitar al cantor de Laura, que es su mejor modelo.

Así la conocieron y la amaron Figueroa y Montemayor, Boscán y Gil Polo, Mendoza y Leon; ingenios dichosos, que pudieron admirar juntas la virginal belleza de la musa castellana y la juvenil pujanza del poder español.

El último de los citados, Fr. Luis de Leon, abarca en sí solo todo aquel brillante período de nuestra literatura y de nuestra historia.

El pudo decir á la poesía castellana, hablándola el mismo lenguaje con que en su adolescencia la enamoraban Jorge Manrique y Santillana:

Ay, por Dios, señora bella,
Mirad por vos, mientras dura
Esta flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á Amor no esté sujeta.

Fray Luis tambien parece que dirige al poder conquistador de los españoles, hermano del númen impetuoso, que ya rayaba en la virilidad, aquel magnífico apóstrofe que lo retrata:

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Y este exceso de vida y de fuerza; este ardor, que no se satisface en las campestres escenas ni en los pastoriles coloquios, sino que ansia las batallas y da cima á colosales empresas; este corazon, que no siente el amor con ternura, sino con arrebato, que abunda más en palabras que en sentimientos, impetuoso, grandíloco, halla un intérprete fiel en el cantor de Lepanto y de Eliodora, Fernando de Herrera. Él fija ya el dialecto poético, encumbra la entonacion lírica, no atiende á los latinos para estudiarlos como alumno, sino para imitarlos como émulo. Leon, en mi entender, guia y acompaña

nuestra poesía durante toda su mocedad; Herrera la retrata cuando ha llegado á la fuerza de la juventud: el uno la recuerda adolescente, la deja manceba; el otro la saluda y la enriquece ya matrona.

Así la alcanzó Lope de Vega; y disfrutando largamente de todos sus tesoros, no correspondió (doloroso es decirlo) á sus favores; llevó á todos los géneros el númen de España, bien así como se extendia su poder á todas las partes de la tierra, sin aprovecharse, con todo, de ninguna. Llamábase entonces con propiedad el rey de Castilla monarca de dos mundos, y Lope de Vega, Fénix de los ingenios; era en aquel tiempo la poesía como la civilizacion española, galana, caballeresca, osada, rica, aunque poco prevenida; algo jactanciosa, pero en todas partes dominante. ¡Bella y malograda edad aquella, cuyas consecuencias dolorosas aun no han cesado!

Pero si la ternura y sencillez acompañaron la adolescencia de nuestra musa, si el arrebato y la grandiosidad la guiaron en su juventud (que todo ello viene á ser un período), si la galantería, la fecundidad, el descuido caracterizan sus mejores años,— ved cómo ya la reflexion, la mesura, la experiencia, el órden indican su madurez.

Cuando en cada uno de los autores citados, ó en otros sus contemporáneos, halleis reminiscencias de tiempos pasados ó preludios del estilo de épocas siguientes, pensad que en el engrane de los conocimientos como de las generaciones, no hay solucion de continuidad; entre año y año, entre estilo y estilo no hay entreactos ó barreras que los deslinden. Pero abarcada en conjunto la fisonomía de cada edad, ¿quién no distingue la niñez de la juventud, y esta de la madurez?

Aquella misma poesía, sencilla con Garcilaso, impetuosa con Herrera, pródiga con Lope, se presenta ahora artificiosamente ataviada, se mueve con lenta majestad, y economiza sus cau-

dales acompañada de los dos Argensolas. Antes, inocente zagala, gozó en el campo oyendo

El dulce lamentar de los pastores.

Luego, cual atrevida cazadora, acompañó al denuedo español, que la decia:

aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente;
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

Hoy si se retira al campo, es solo para alabar en los simétricos y artificiosos pensiles de Aranjuez

Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros aires dividiendo.

En otra edad una flor, una guirnalda eran todo el atavío de aquella poesía

dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por abril, de flores lleno.

Luego se ofrece á nuestro entusiasmo, desnudo el brazo que vibra la lanza, cubierto el fornido pecho con el peplo antiguo, y ceñida la cabellera con el laurel de Lepanto, bien así como la victoria de un arco triunfal. Hoy se presenta ya en los saraos ataviada y compuesta con ricos aderezos y telas de brocado, ostentacion de su riqueza más que de su hermosura; obra exquisita de artífices doctos, más bien que presente de inspirados amadores. En medio de la sociedad cortesana, cortesanamente critica (copio á Quintana) « las costumbres de las mujeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, de-

voran los patrimonios y destruyen la paz de las familias; hace la censura, no solo de los diferentes estados, sino tambien de los modos de conseguirlos; y demuestra los peligros de la ambicion, y en lo que vienen á parar sus ilusiones.»

Ved aquí, Señores, los caractéres de la musa en su edad madura: descontentadiza, no entusiasta; filosófica, no enamorada; abunda en sentencias más que en arrebatos, porque la guia la luz del desengaño, y no el fuego de la pasion. Acomodado á la inspiracion es el instrumento de que se vale; aquel acento que resonó en la dulce avena de Garcilaso, que atronó en la trompa de Herrera, ahora suena severo y mesurado en la lira de los Argensolas. El primero jugaba con las fáciles silvas, el segundo inventaba las estancias rotundas, estos últimos andan al compás de los inflexibles tercetos. Allá en un tiempo el estilo era natural y florido, luego grandilocuente y figurado, ahora ya compuesto y sentencioso. ¿Es otra acaso la historia del poder español tan pujante y bello á orillas del Po y del Tesino con Cárlos I y Garcilaso, tan heróico y sublime en las aguas de Lepanto con Felipe II y Herrera, tan devoto y ceremonioso, tan melancólico y preso con Felipe III en los jardines de la Isla, y con Argensola en los tercetos?

Pero ¿no veis, Señores, en este humor desabrido, en esta frialdad glacial, en este porte mesurado anuncios ya de la vejez? ¡Ay! que no son anuncios solamente, sino señales infalibles. Sucede á las letras como á las dinastías, como á las personas, que cuando despiertan pensando que la vejez llama á su umbral, la encuentran sentada á la cabecera. Pensamos que nos la regala un pintor en el retrato, un menestral en el corte del vestido; y es que la hemos comprado nosotros con la frente que ha encanecido, con el talle que se ha desformado.

No hay remedio, la zagala vírgen y pura de Garcilaso y de Figueroa ha envejecido, la musa impetuosa de Leon y de Herrera se ha debilitado; la dama riquísima de Lope ha malgastado sus tesoros; la matrona severa de los Argensolas no puede con afeites encubrir sus arrugas. El buen tiempo pasó, todo es inútil : en vano Rioja la quiere arrancar del aire nocivo de la corte, su despedida será el gemido del desengaño; en vano la llevará al campo; allí no cantará más que ruinas, y las flores mismas no la inspirarán sino pensamientos filosóficos y tristes. Verá una rosa, y exclamará :

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mústia tu nacimiento ó muerte llora.

Y en otra parte :

¿Cuál mayor dicha tuya

(dice á la arrebolera)

Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es más el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.

Tiene razon, daños para la monarquía como para la literatura, para los versos como para las flores. Pero lo que es peor, con la edad ha acontecido á la musa como á las mujeres hermosas, los defectillos interesantes se han tornado achaques dolorosos, y las inclinaciones vicios. Era nuestra poesía sonora y se hace ampulosa, era festiva y se vuelve chocarrera, era discreta y se torna culta, era pensadora y se convierte en pedante. ¿Qué importa que hombres como Góngora y Quevedo, de robustas fuerzas, de vista de lince, de ágiles movimientos, y en fin, hasta de pura intencion, la quieran dar la mano? ¿Qué prestará la juventud del lazarillo, si la pobre anciana está débil y ciega, y casi tullida, y lo que es peor de-

pravada? En ninguna parte se conoce más la caducidad de la musa castellana que en las juveniles poesías de Quevedo.

Allí, si se imita á los clásicos, no es con el respeto de alumno, ni con la emulacion de rival, sino con la afectacion de pedagogo; si se pintan los objetos de la naturaleza, los árboles, las fuentes, no es con la sencillez juvenil y amable de Garcilaso, que enamora, ni con la calma varonil de Fr. Luis, que consuela; es con un espíritu desengañado y mordaz que arranca la risa, con una tendencia senil, filosófica y amarga, que desconsuela. Garcilaso es jóven y pinta, Fr. Luis es varon y goza, Quevedo es viejo y analiza y diseca y dogmatiza.

Pues ¿qué os diré de las bellezas de otro órden, qué de los sentimientos morales; qué de la gloria humana, la cual Garcilaso mereció con una vida denodada y con una muerte heróica, pero que no nombró jamás en sus canciones? ¿De la gloria, que enalteció en bíblicos tonos Herrera, que despreció en santo arrobamiento el Maestro Leon, y que el autor del *Gran Tacaño* arrastra por el lodo? ¿Qué os diré de la política. no llamada hasta entonces á intervenir en nuestro Parnaso, y á cuyo servicio puso Quevedo todas las nueve musas, su ciencia y su imaginacion, el cielo y el infierno? ¿Qué os diré, en fin, del amor, ese sentimiento inocente en Garcilaso, puro en Herrera, caballeresco en Lope, frio en Argensola, material, sensual, casi crapuloso en Quevedo?

Tal es, sin embargo, Señores, el hombre que hizo á las letras españolas el singular beneficio de publicar por primera vez las poesías de Francisco de la Torre. Generosamente le fué pagado este favor, alguno ha llevado la gratitud hasta ceder en beneficio de Quevedo la fama toda, el nombre mismo del poeta de quien fué editor.

En este curioso litigio, que pende, Señores, ante vosotros más há de un siglo, habeis oido á dos ilustres académicos

pleitear en pro de las opuestas partes: D. Luis José Velazquez demandando para Quevedo la honra de las poesías que publicó; D. Aureliano Fernandez-Guerra defendiendo como de oficio á Francisco de la Torre, casi juzgado hasta ahora en rebeldía, porque no se le habia hecho comparecer, y que hoy, merced á la diligencia de su patrono, os declara en sonoros versos cuál fué su patria, su estado, su carrera y hasta sus relaciones y afectos.

No me pregunteis mi dictámen, porque á mí no me toca el oficio de ponente, sino el de relator. Yo os he retratado breve, quizá groseramente, pero con veracidad indisputable, á nuestra poesía lírica en todas sus edades; delante de vosotros, como piezas aducidas al juicio, teneis las obras de La Torre y las de Quevedo. Ved esas flores campestres aun olorosas, esas bien tejidas guirnaldas aun frescas, ese estilo sencillo y cándido como la vestidura de una doncella, y decid en cuál edad ha podido ataviarse así la musa castellana; si es en la degradada época en que, dando la mano á Quevedo, recorria los lupanares, penetraba en las cárceles, hablaba con retruécanos y antítesis rebuscadas, y derramaba por do quiera el veneno de su corazon, corrompido á la vez y desengañado.

Si ni aquellas noticias biográficas descubiertas por el señor Guerra, y abonadas por el mismo Cervántes, os satisfacen; si la razon histórica que yo he procurado exponer no os convence, haced, en fin, comparecer á ambos autores, que aun vivos están en sus obras. Celebrad con ellas una especie de careo, y la verdad quedará patente, y la causa fallada por el sentido comun, que es á la vez inocente y justiciero, indocto é inspirado, niño y profeta como Daniel. Demandad á ambos contendientes, La Torre y Quevedo, la descripcion del sitio en que presenciaron los arrebatos de amor de la casta poesía; y bien que uno y otro nombren (más entendidos que los viejos de la

escritura) las mismas plantas y las mismas fuentes, todavía el color será tan diverso, las señas tan contradictorias, que fácilmente aparecerá la impostura. La Torre, pintando la hiedra os dirá:

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Fílis, contigo, como aquesta
Hiedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; ¡y tú, dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido!
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tú amaste).
Un cabritillo deste coronado
Monte vi yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor, soberbia, te gozaste!

¿Cabe mayor naturalidad en el lenguaje, mayor sencillez, y por decirlo así, mayor inocencia en las imágenes? Pues veamos ahora cómo Quevedo describe la misma planta, la propia escena, iguales sentimientos.

Esta hiedra anudada que camina,
Y en verde labirinto comprehende
La estatura del álamo, que ofende
(Pues cuando le acaricia, le arruïna),
Si es abrazo ó prision no determina
La vista, que al frondoso halago atiende;
El tronco solo si es favor entiende,
O cárcel, que le esconde y que le inclina.
¡Ay, Lisi! Quien me viere enriquecido
Con alta adoracion de tu hermosura,
Y de tan nobles penas asistido,
Pregunte á mi pasion y á mi ventura;
Y sabrá que es prision de mi sentido
Lo que juzga blason de mi locura.

Aquel verde laberinto, aquella estatura del álamo, aquel halago frondoso, y los retruécanos, y los conceptos, y la intencion misma filosófica, ¿no os parecen, Señores, el colorete con que en vano se quiere imitar la frescura de la juventud?

Pues oid ahora cómo describe La Torre un sitio campestre:

Esta es, Tírsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Fílis bella;
Este el prado gentil, Tírsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tírsis, la vi cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella;
Allí, Tírsis, me vido; y tras aquella
Haya se me escondió, y ansí la via.
En esta cueva deste monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde hiedra y de violetas tiernas.
Al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente,
Y al cielo desparciendo olor sagrado,
Rindo de tanto bien gracias eternas.

Dado que estos versos sean traducidos del italiano, su lenguaje, Señores, ¿no os parece tan natural y sencillo como el murmullo mismo de la fuente que describe? Pues escuchad ahora el de Quevedo:

Esta fuente me habla, mas no entiendo
Su lenguaje ni sé lo que razona;
Sé que habla de amor y que blasona
De verme, á su pesar, por Flori ardiendo.
Mi llanto, con que crece, bien le entiendo,
Pues mi dolor y mi pasion pregona;
Mis lágrimas el prado las corona,
Vase con ellas el cristal rïendo.
Poco mi corazon debe á mis ojos,
Pues que dan agua al agua, y se la niegan
Al fuego que consume mis despojos.
Si no lo ven, porque llorando ciegan,
Oigan lo que no ven, á mis enojos;
Déjanme arder, y la agua misma anegan.

¡Pobre agua, dirémos nosotros, pasada por tales alambiques; pobre fuente, tan bien retratada por La Torre, y cuyo lenguaje dice Quevedo que no entiende, y tiene razon!

Pero si la diferencia de lugar no os prueba, Señores, la coartada, pedid á ambos poetas señas de tiempo, y la veréis mejor; pues dado que uno y otro os hablen del verano, harto notaréis que entre una estacion y otra media un siglo de intervalo.

Comparad la bella descripcion de La Torre, de que se ha hecho cargo el nuevo académico, con la que apuntarémos de Quevedo, y no os quedará sombra de duda.

En el verano dice La Torre:

El regalado aliento
Del bullicioso céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor y aquel de olor sagrado.
Todo brota y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.

Y Quevedo describe la misma estacion en los siguientes versos:

Ya la insana Canícula, ladrando
Llamas, cuece las mieses, y en hervores
De frenética luz los labradores
Ven á Procion los campos abrasando;
El piélago, encendido, está exhalando
Al sol humos en traje de vapores;
Y en el cuerpo la sangre y los humores
Discurren sediciosos, fulminando.

Basta, Señores; estos ladridos de llamas, estos hervores de luz, estos humos exhalados en traje de vapores, ¿qué os

parecerán, contrapuestos al regalado aliento del céfiro, encerrado en las hojas, y á la estacion benigna, á cuyo influjo todo brota y extiende ramos, hojas y flores, nardo y rosas?

¿Qué valdrá, en contra de esto, la malicia con que se han rebuscado versos iguales en uno y otro autor? Valdrá, sí, pero para probar lo contrario de lo que se pretende.

Si La Torre, compadeciéndose de una cierva herida, concluye una estrofa diciendo á la desventurada (1):

> Dióte el cielo dolor y dióte vida;

y de este verso se apodera Quevedo para comenzar un soneto, lleno de alambicados conceptos (2), se deducirá solo la pureza del original, la corrupcion de la copia, la prioridad del petrarquista, la posterioridad del gongorino; la diferencia, no la identidad, de ambos.

¿Qué valdrán unas cuantas estrofas, rebuscadas acá y allá como piedrecillas de canteras distintas, y acomodadas luego á guisa de mosaico, pero que así y todo braman de verse juntas, y testifican la diversidad de su orígen? Velazquez adereza de este modo una que llama cancion; cuyo primer verso, de Quevedo,

> Pues quitas, primavera, al año el ceño,

contiene ya una marca de conceptismo y una paronomásia, que no hallarán sus semejantes en todo el libro de La Torre. Este, en cambio, reclama contra su disector con tan naturales quejidos, cual nunca usó el insigne poeta madrileño. No parece sino que es La Torre quien le dice á Velazquez:

> ¿Quién sentirá mi pena
> Si quien es causa della me condena?

(1) Cancion I.
(2) El XVIII, de la musa IV.

No hará tal la Academia; antes bien, fundada en datos biográficos claros, guiada por razones históricas irrecusables, apoyada en fin sólidamente en el veredicto del sentido comun, fallará que Quevedo no fué, no pudo, no debió ser el buen Francisco de La Torre. No lo fué, porque sus hechos son diversos; no lo pudo ser, porque no alcanza el hombre á apartarse así del siglo y de la sociedad en que vive y de la atmósfera en que respira; no debió, en fin, serlo, porque, aun dado caso que ese poder casi divino alcanzase Quevedo, con usar de él hubiera faltado al primer deber del hombre de letras, más aun á la sagrada mision (como ahora se dice), al *quid divinum* del poeta; esto es, al don de influir con sus obras en el modo de pensar, de hablar y de obrar de sus contemporáneos.

Y ¿para qué, Señores, el anacronismo que se pretende? Quevedo, con sus equívocos, con sus antítesis, con sus conceptos, con su estilo, en fin, hablaba el lenguaje de todos, todos le entendian, todos le admiraban, do quiera penetraba, do quiera influia. Él solo con sus jácaras y sus agudezas ejercia en aquel tiempo el ministerio confiado hoy al periodismo de la oposicion; él solo manejaba con facilidad y con éxito la palanca que hoy mueve con dificultad la prensa toda. Compró su oficio con desengaños y persecuciones; por ejercerlo fué condenado (segun él dice) más aun que á *morir;* esto es, *á morirse.* Conquistó con tormentos la palma del martirio; ¿quereis que la trueque por un ramillete de flores silvestres? ¿No os parece, Señores, que fuera en él cobardía, y no erudicion, el cambiar el látigo de Juvenal por el caramillo de Garcilaso? No lo hizo; y segun el dicho del inolvidable académico D. José Muso, siguió en ello *su vocacion poética, que tambien viene de Dios.* No lo hizo; porque presintió instintivamente el consejo que Quintana daba á los poetas:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que os ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

Canto enérgico: fuélo tanto el de Quevedo, que sonó desde los calabozos hasta los alcázares; que inquietó á los opresores, solazó á los oprimidos, y se grabó en la memoria de todos, grandes y pequeños, propios y extraños. Canto valiente: y tanto, que desenmascaró todos los vicios, combatió todas las tiranías; y esto, Señores, marchando á través de persecuciones, y abrumado de años y enfermedades, *con una fuerza, una audacia y una singularidad que sorprenden* al cantor mismo de Trafalgar y de la imprenta.

Así considerado Quevedo, confesadme que La Torre queda á gran distancia.

Pero al llegar á este punto, permitidme que, sorprendido por los nombres que se han escapado de mi pluma, haga al público confidente de mis sensaciones. ¡Quintana y Muso, La Torre y Quevedo!

Quintana: el crítico concienzudo, el inspirado poeta, cuyo puesto aun está vacante en este recinto, y quedará vacío en la posteridad; pero cuya memoria, unida á los grandes acontecimientos contemporáneos de nuestra patria, vive en todos los ánimos. Muso: el sábio profundísimo, el laborioso académico, el inolvidable erudito, á quien echamos menos casi en todas las sesiones, pero cuyo nombre oyen quizás muchos por la primera vez. Quevedo: el filósofo que respetan los ancianos, el poeta que aman los jóvenes, el político que consultan los repúblicos, el sábio que conocen todos como si viviera entre nosotros. Francisco de la Torre: cuya existencia misma ha sido hasta hoy un problema. Todos ellos me mueven á remontarme hácia el orígen de esa misteriosa corriente con que

la fortuna arrastra el nombre y las obras de los ingenios, salvando unas, dejando sumergirse á otras. ¿De qué manera, me pregunto á mí mismo, ha llegado hasta nosotros la fama de Macías, venerado de los amantes desgraciados, sin que sus obras se salven para servir á su culto de reliquias? ¿De qué modo, por el contrario, el poema del Cid eterniza los hechos del Aquíles castellano, dejando perderse en el olvido el nombre del Homero que rudamente como pudo lo inmortalizó? Y aun de más arriba, ¿cómo el poeta legislador Horacio, en un mismo verso une la fama de Virgilio y de Vario, y la posteridad salva de las llamas y recibe casi íntegras las obras del uno, á su pesar, mientras pregunta dudosa si pertenece al otro una desencajada docena de exámetros?

¿Será, Señores, que hay en el órden moral, al par que en la naturaleza, rios caudalosos que, como el Tajo, llevan su corriente entre el fragor de las cascadas, entre el aroma de los jardines, entre la majestad de los montes, el bullicio de las ciudades y la riqueza de los campos; y otros, como el Guadiana, tan modestos, que ocultan su caudal, sin dejar más indicios de su curso que la feracidad de las llanuras por donde calladamente se deslizan? En tal caso, Señores, los cuerpos científicos obran cuerdamente siguiendo el bien dirigido ímpetu de la fama; pero proceden con igual justicia y con mayor generosidad apartando la arena del olvido, cavando la tierra y la broza que acarrean el tiempo y la envidia, para sacar á luz esos caudales que inútil y oscuramente se perdieran.

¿Será que el culto de las letras, como el de la religion, tiene por una parte pontífices, que lo ejercen y predican en medio de las turbas, al ruido de los órganos, entre el humo de los inciensos; y por otra, solitarios y anacoretas, que en el yermo del estudio, con la penitencia de un trabajo incesante elevan

un corazon puro y consumen una vida preciosa? Entonces estas asambleas, á su vez obran como fieles, contribuyendo á la pompa del culto, dando incienso y doblando la rodilla ante los apóstoles de la civilizacion; pero proceden como casi inspiradas, cuando atravesando el desierto de la ingratitud, van á coronar á estos ungidos de la ciencia, á estos mártires de la laboriosidad; y los presentan por ellas laureados á la veneracion pública, como hoy hace con Francisco de la Torre y con D. Aureliano Fernandez-Guerra la Real Academia Española.

Voy á concluir, Señores; pero no sin rogar á esta elevada Corporacion que, al terminar en el corriente año sus tareas, defina ya de un modo documental é inapelable la contienda presente. Ni callaré sin exhortar al nuevo académico á que continúe con ánimo su carrera : estímulos deben ser para él más poderosos que mi voz, la justicia con que ha recompensado sus afanes el primer cuerpo literario de España, la benevolencia con que el público le ha oido, la oportunidad, en fin, con que la Providencia ha puesto en sus manos testimonios irrecusables de la verdad que queria probar. Y hablo, Señores, de la Providencia, porque yo veo que su inmensidad rige el órden físico como el órden moral. Ella preside al eterno giro de innumerables astros, como al escondido movimiento de una modesta violeta : ella guia á los inventores que, cual Colon y Newton, modifican el modo de ser de la humanidad; y á aquellos que dilucidan un punto imperceptible de la historia ó de la literatura. Basta á alcanzar su soberano auxilio el no vendarse los ojos con un orgulloso escepticismo, sino seguir con intencion sana el camino de la verdad.

Y vosotros, Señores, en fin, recibid el testimonio de mi gratitud por la indulgencia con que me habeis oido, contri–

buyendo con vuestro tácito asentimiento á la solemnidad de un fallo que, no la Academia, sino la historia, la razon y el sentido comun tienen dictado. Pero si al salir de este juicio, como de ordinario acontece, quereis investigar el móvil que ha impelido á cada uno de los contendientes, permitidme que os dé la clave para descubrirlo.

Nos apasionamos de los escritores y poetas como de actores que son en la gran comedia del mundo, y cada cual gusta de arrojar al suyo favorito un ramo de las flores que tiene á mano. Si alguno puede en esto llevar ventaja á los demás, es Quevedo, por la popularidad misma de su nombre; y así es que no hay sugeto decidor y bromista que no le atribuya parte de las agudezas y anécdotas anónimas que pasan por más chistosas; ni se halla erudito aficionado á investigaciones curiosas que no le busque ó le entrevea en conspiraciones é intrigas de aquellos enmarañados tiempos. Pues bien; algo de esto acontece á tres de sus más ilustres apasionados. Tarsia, su primer biógrafo, refiriendo una desgracia que en no sé qué funcion ecuestre aconteció á no sé cuál jinete que calzaba las espuelas con que fué amortajado el satírico, atribuye á este, á Quevedo, Señores, olor de santidad y acaso don de milagros... Es que Tarsia escribia en el tiempo de las canonizaciones y de los prodigios. Hoy corren otros vientos: vivimos en el siglo de los diccionarios biográficos y de los libros estereotípicos, y el Sr. Fernandez-Guerra ha ofrecido al Luciano español una vida veraz y una edicion correcta. Velazquez, entre uno y otro, vivió en tiempo de la invasion de los escépticos, cuando se disputaba á los autores sus obras, á los héroes sus hazañas, á Dios mismo sus atributos. En medio de este universal saqueo halló caidas, y sin dueño conocido, una zampoña pastoril y una corona de mirtos; y de ellas hizo pre-

sente al asendereado señor de la Torre de Juan Abad. No culpeis, Señores, á Velazquez. ¿Qué mucho que tomase el nombre de Francisco de la Torre por un disfraz, en época en que el Cid Rui-Diaz pasaba por un mito, y la religion misma por un sistema planetario?
